

# INSURGENCIA URBANA EN BOGOTÁ

**MARIO AGUILERA PEÑA**

PREMIOS NACIONALES COLCULTURA, BOGOTÁ, 1997

Cuando un libro ofrece una rica narrativa histórica que no se presta bien para el resumen, es difícil pasar de la evaluación de la anécdota –las protestas artesanales y convulsiones políticas entre 1893 y 1895– a un plano más general. Con el riesgo de simplificar, diría que el texto de Aguilera se mueve sobre tres ejes: el artesano, Bogotá y el partido liberal.

Los artesanos son el gran protagonista de esta obra. Cualquiera que esté familiarizado con la literatura sobre su participación política en el siglo XIX –un *corpus* en el que todavía hay baches enormes– quedará sorprendido con la continuidad evidente entre los motivos retóricos, las prácticas y las visiones de lo político de estos artesanos de fin de siglo que nos describe Aguilera y los que encontramos, por ejemplo, en las transformaciones de la década del 50. La misma convicción republicana: una voz que se expresa en términos de indigna-

ción, la noción clara y distinta de que se pertenece a un tramado de instituciones y distinciones (se es respetable y trabajador; se ha sido protagonista de la construcción de la ciudad y sus instituciones), un espíritu ecuménico común. La misma “ideología del ultraje”: el combustible de la protesta es la sensación de ser agredidos y humillados desde arriba. Dinámicas similares: una deriva hacia la radicalidad, a medida que el protagonismo lo van tomando los artesanos más pobres, aparecen ideólogos familiarizados con la guerra y el gobierno endurece su posición. Incluso a veces motivos idénticos en el debate político: aquella discusión sobre la singularidad colombiana –no hay ni proletarización ni aristocracia, la gente no se muere de hambre– que recoge Rafael Núñez (p. 200), “para restarle importancia a los factores precipitantes del motín”, nos dice Aguilera, tiene una tradición venerable que se remonta por lo menos a

finales de la década de los 40, cuando era motivo casi obligado para los principales escritores públicos.

Un buen material, en todo caso, para reflexionar sobre el tema de la distancia histórica. A pesar de las diferencias, también clarísimas, entre digamos 1853 y 1893, podrían ser dos eventos de un mismo mundo; un mundo que en todo caso ya no es el nuestro. Como tampoco es reconociblemente nuestra esa Bogotá pequeña, con la centralidad de su plaza de mercado y su economía tradicional, sucia ya pero ensimismada en un orden del que hoy apenas se pueden reconocer algunas huellas. Pero con todo y eso, la reconstrucción minuciosísima que nos ofrece Aguilera de aquella Bogotá produce una sensación extraña de *déjà vu*. Es que 1891 estaba a la orden del día la propuesta de “reordenación de la sociedad con principios moralistas”, de la cual el autor concluye:

En Bogotá, la actividad de la policía fue disruptora del orden urbano tradicional en la medida en que su distribución por la ciudad ejerció un incómodo control sobre una población que no se acostumbra a obedecer ciertos comportamientos (p. 123).

Interesante notar que hoy el programa de reordenación moral es también el primer punto en la agenda pública de la capital. ¿Simple coincidencia? ¿tarea histórica inconclusa? ¿o trasplante de estructuras temáticas de una clase de mundo a otro, al tenor de tradiciones y necesidades históricas que encuentran en las "partes inferiores de la ciudad" un estorbo para su desenvolvimiento? De ser cierta, esta última opción implicaría que el actual programa de reordenación moral tiene un claro vínculo con el tradicionalismo y patri-monialismo (pasadismo, diría Mariátegui), aspecto al que a mi juicio se le ha prestado mucha menos atención de la que merece. El tercer eje es el partido liberal. No son muchos

los países de América Latina que cuenten con una organización política que deja su impronta sobre toda la vida republicana. Los liberales colombianos han mostrado una poco común continuidad; han sido protagonistas durante un siglo y medio. Dado su permanente faccionalismo, sus aparatosos fracasos en el gobierno (que no son nuevos), su tumultoso desorden, no deja de ser sorprendente que hayan cumplido 150 años. El detalle de este fresco histórico que nos ofrece Aguilera —la fractura entre pacifistas y guerrilleros liberales durante La Regeneración— revela un aspecto poco estudiado: los liberales en la oposición. Aunque el libro sólo toca el tema lateralmente, el período vivió el apogeo de algunos de los más brillantes polemistas políticos que haya tenido el país (el Indio Uribe, el Nito Restrepo, Santiago Pérez, para sólo nombrar a algunos). Encontraron un lenguaje convincente para nombrar la libertad y denunciar la represión, en ocasiones

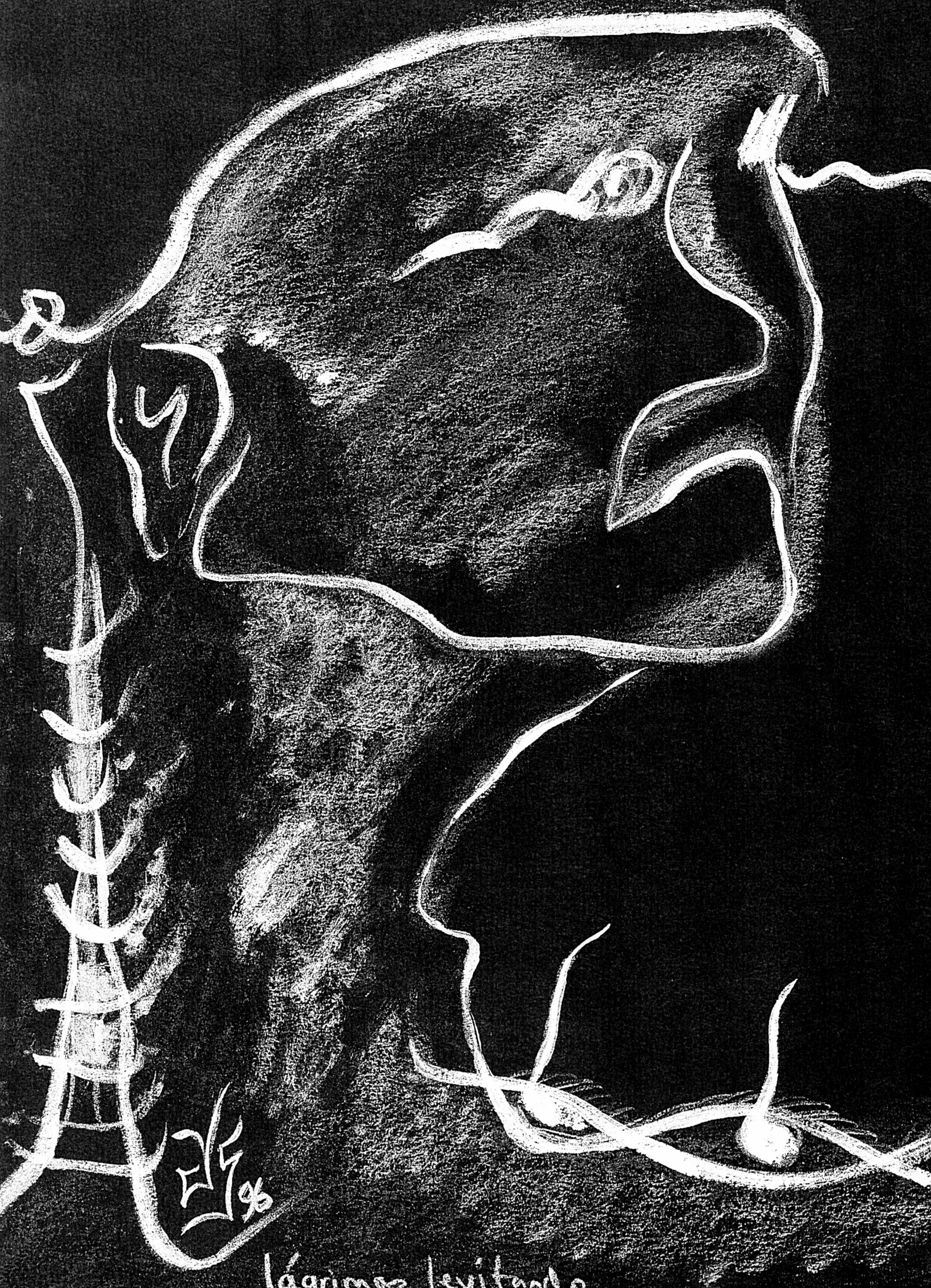
lograron acompañar (ambiguamente) las protestas populares, construyeron un diseño intelectual común —con ideologías y referentes compartidos— para discutir sobre su táctica y su estrategia. Al mismo tiempo, como lo muestra Aguilera, algunos de ellos se enredaron en mezquinos episodios de corrupción; y se habían convertido ya —desde la aparición del radicalismo, en realidad— en blanco de las iras populares que denunciaban "la oligarquía radical".

Aguilera pone a dialogar sus tres motivos temáticos —artesanos, Bogotá, liberales— y produce una narrativa histórica cuya actualidad quizás debería resultarnos preocupante.

---

## FRANCISCO GUTIÉRREZ S.

Antropólogo y politólogo,  
profesor del Instituto de  
Estudios Políticos y Relaciones  
Internacionales Universidad  
Nacional de Colombia



2/5/96

lágrimas levitando